

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore
Editores

BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA

Siglos XIX y XX



Capítulo 13



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

027.08 B Bibliotecas y cultura letrada en América Latina : siglos XIX y XX / Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

364 p. : il., facsím. ; 24 cm.

Ensayos del coloquio "Bibliotecas de las Américas: poder, capital cultural y circulación de conocimientos, 1800-2000", realizado en la Universidad Torcuato di Tella (Buenos Aires, Argentina) el 19 y 20 de agosto de 2014.

Incluye bibliografías.

Contenido: Bibliotecas y formación del Estado-Nación -- Bibliotecas y cultura letrada -- Bibliotecas, museos y prácticas científicas y culturales -- Bibliotecas, movilización política y proyectos revolucionarios.

D.L. 2018-07060

ISBN 978-612-317-364-7

1. Bibliotecas - América Latina - Historia - Siglos XIX-XX 2. Bibliotecas públicas - América Latina - Siglos XIX-XX 3. Bibliotecas privadas - América Latina - Siglos XIX-XX 4. Bibliotecas y sociedad - América Latina 5. América Latina - Vida intelectual - Siglos XIX-XX I. Aguirre, Carlos, 1958-, editor II. Salvatore, Ricardo D, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-127

Bibliotecas y cultura letrada en América Latina

Siglos XIX y XX

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores

© Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores, 2018

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Fotografía de carátula: Interior of the Real Gabinete Português de Leitura in Rio de Janeiro, Brazil. <https://www.flickr.com/photos/uwephilly/3301983/>

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-07060

ISBN: 978-612-317-364-7

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800481

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

CULTURA Y RESISTENCIA: LAS BIBLIOTECAS DE PRESOS POLÍTICOS EN URUGUAY (1968-1985)

Alfredo Alzugarat

Una biblioteca de presos políticos tiene como uno de sus destinos principales servir de soporte a la formación ideológica y moral de sus usuarios. En otras palabras, debe ir unida al concepto de escuela de cuadros, esa institución imprescindible en toda organización política pero a veces difícilmente posible, por no decir riesgosa o inviable, en los avatares de la militancia clandestina. La formación de grupos de estudio, la lectura sistemática de materiales básicos para ampliar el horizonte de conocimientos y la adquisición de herramientas de análisis y de reflexión significan un notable aprovechamiento del tiempo de reclusión que apunta a la optimización de la labor militante futura a la vez que echa por tierra las premisas de los carceleros, siempre preocupados por anular o negar tal práctica ideológica.

La necesidad de libros que contribuyan a esa función es algo presente desde el primer momento en la historia de la prisión política. «La petición de libros constituía para los moncadistas una preocupación constante», señala Mario Mencia, quien, en *La prisión fecunda*, detalló la reclusión de los asaltantes cubanos al cuartel de Moncada comandados por Fidel Castro Ruz en julio de 1953. «Guido García Inclán, que los visitó varias veces, nos ha relatado que cuando les preguntaba qué querían que les mandaran, Fidel siempre respondía: “libros, libros, y acuérdate de los de Martí” [...]. Era lo único que pedían» (Mencia, 1980, p. 18). Así formaron «una escuela con el nombre de un compañero muerto, llamada Academia Ideológica “Abel Santamaría” y una biblioteca con el nombre de “Raúl Gómez”, hermano muerto. Esta biblioteca está compuesta con más de 600 libros enviados por grandes amigos, políticos y profesores universitarios» que versaban sobre filosofía, historia universal, economía política, matemáticas, geografía e idiomas (Mencia, 1980, p. 16). Mucho antes en Perú, en 1936, Víctor Raúl Haya de la Torre recomendaba

a sus correligionarios presos: «Tengan al libro útil como el mejor compañero» (Aguirre, 2015, p. 158).

La formación de una escuela de cuadros debió ser uno de los objetivos, quizá el más importante, cuando se inició la demanda de libros para la creación en Uruguay, en 1973, de una biblioteca en el penal de Libertad —Establecimiento Militar de Reclusión N° 1 (EMR 1)—, una cárcel concebida como de alta seguridad, exclusiva para presos políticos varones, situada en zona rural, en las proximidades de la ciudad de Libertad, que le presta su nombre¹. Se buscaba, de esa manera, una continuidad con la experiencia del penal de Punta Carretas, antigua cárcel montevideana, donde desde 1968 habían sido alojados numerosos guerrilleros. No fue el único objetivo. La lectura recreativa y la formación cultural y técnica estuvieron presentes, aunque quizá en menor medida, desde el inicio.

En la cárcel de Libertad, recién inaugurada, a los presos se les concedió, a iniciativa de estos, la posibilidad de organizar numerosos espacios o servicios de mantenimiento (cocina, panadería, limpieza, huerta, jabonería, talleres, entre otros), así como conformar, en un principio de manera bastante libre, una biblioteca². El hecho de que la prisión fuera creada para un gran número de presos —950 en el celdario de cinco pisos más otros cuatrocientos distribuidos en cinco barracas— y pensada para una larga estadía —duró como tal trece años, aunque algunos presos tenían sentencias de hasta 45 años de condena— fueron factores decisivos a la hora de la demanda de libros. La biblioteca no fue impuesta desde arriba; nunca integró un plan de lectura obligatorio trazado por la dictadura. Muy por el contrario —y es esta una de sus principales virtudes— fue creada desde abajo, por los propios usuarios, de manera funcional a una cárcel exclusiva de presos políticos. El nivel intelectual de estos, con un alto número de estudiantes y profesionales en sus filas, le otorgó un mayor significado³.

¹ El penal de Libertad, inaugurado en setiembre de 1972, fue la solución carcelaria que hallaron las Fuerzas Armadas, y posteriormente la dictadura cívico-militar, tras la derrota del Movimiento de Liberación Nacional (MLN Tupamaros) y otras organizaciones guerrilleras en el transcurso de ese año. La isla de Flores, lugar de reclusión de opositores al gobierno dictatorial de Gabriel Terra desde 1934, fue descartada al igual que el penal de Punta Carretas, vulnerado por más de una fuga masiva.

² Si bien la concesión generaba una suerte de autogestión entre los presos, permitía a la vez al personal militar dedicarse por completo a la vigilancia y represión.

³ Si bien no hay cifras estimativas, un altísimo porcentaje de los presos sabía leer y escribir. Por breve tiempo funcionó alguna vez una escuela para unos pocos iletrados o semiletrados. El nivel educacional en Uruguay era muy alto en ese entonces y la utopía revolucionaria había calado hondo en sectores estudiantiles y profesionales.

Se sabe que, una vez recibida la autorización, en poco tiempo ingresó una verdadera avalancha de libros. El testimonio de Roberto Meyer⁴ es muy ilustrativo al respecto:

Trabajé en la Biblioteca Central en su época de esplendor, cuando empezó a llenarse con un caudal fabuloso de libros que habría llegado a doce mil títulos y entraba de todo. Llegamos a ser no menos de diez que trabajábamos, creo, en tres turnos. La gloria para mí era tener la primicia de los libros que entraban, flamantes o viejos, a menudo joyas que no he vuelto a ver [...]. Puedo dar fe, a través de ese enorme, variadísimo material, que los presos políticos uruguayos, a través de esos envíos de los familiares, representábamos un microcosmos de impresionante vastedad y riqueza cultural. Entraba lo previsible y los best sellers del momento pero también lo más interesante o lo más raro e insólito, tesoros de colección, las joyas de la abuela (citado en Alzugarat, 2007, p. 21).

El penal de Libertad fue puesto en funcionamiento nueve meses antes del golpe de estado del 27 de junio de 1973, momento en que las Fuerzas Armadas dieron un paso crucial en su vertiginosa escalada hacia el poder. Fue un periodo clave para las contradicciones entre los militares, que exigían una urgente resolución. La dirección del penal estaba representada por integrantes de las tres fuerzas —Ejército, Armada y Fuerza Aérea— y durante esa etapa convivieron distintos proyectos de cárcel. Todo parecía provisorio, no había criterios definidos y aún no se había formalizado un reglamento interno como el que se impondría pocos meses después. La censura se limitaba exclusivamente a libros de táctica y estrategia militar. En ese decisivo primer momento, la biblioteca como soporte de una escuela de cuadros, como plataforma gráfica para la formación del militante, aparecía como perfectamente posible⁵.

Los propios presos debieron clasificar los libros en función de los distintos objetivos. Se instauró una biblioteca central que pasó, de varios estantes adosados

⁴ Roberto Meyer (Paysandú, 1937) estuvo en prisión entre 1972 y 1979. Es narrador, periodista y crítico de cine.

⁵ A modo de ejemplo, para una organización revolucionaria como el MIR chileno, de características similares al MLN Tupamaros de Uruguay y otras de América Latina, «[...] la instrucción del militante debe comprender el conocimiento e información sobre la teoría revolucionaria (el conocimiento y manejo del materialismo dialéctico, el materialismo histórico, la economía política, la historia del movimiento obrero mundial, etc.), el conocimiento e información de la línea política y la historia del partido; de los aspectos “políticos” y “militares” de la estrategia; de la características de la formación social [...], su historia, sus clases sociales, sus partidos políticos [...], etc.; así como de las técnicas o habilidades prácticas para el desempeño de la tarea partidaria, técnicas de estudio y exposición, de agitación y propaganda, de organización y conducción de grupos, de trabajo de masas, de seguridad, de utilización, reparación y construcción de medios de lucha y combate, de administración de los recursos, etc., es decir, en general, el cómo saber hacer las cosas» (Comisión Nacional de Educación Política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1974).

a una pared en una celda para cuatro reclusos, a una sala de grandes dimensiones. Paralelamente se crearon bibliotecas locales en cada piso como una medida de precaución en caso de que fuera suspendido, por diversas razones, el suministro de la biblioteca central. Mientras los libros de interés general fueron enviados a la biblioteca central, los textos de marxismo y de estudios filosóficos, económicos y políticos —tal vez «lo previsible», según Meyer— se consideraron mejor protegidos y más accesibles en las llamadas «bibliotecas de planchada»⁶. Mientras los primeros comenzaron a ser ordenados y registrados en un catálogo de factura artesanal y uso imprescindible, los otros permanecieron, en su mayoría, bajo la custodia de compañeros de confianza y entendidos en la materia. «La historia de los libros marxistas pasaba de algún modo un poco por allí (por la biblioteca central) pero tenía su verdadera época en el trasiego clandestino por las planchadas», apunta Meyer (citado en Alzugarat, 2007, p. 22).

Hablar de la biblioteca del penal de Libertad es entonces hablar de un sistema bibliotecario cuya complejidad y complementariedad otorgaba a sus usuarios tranquilidad y eficacia en la circulación de libros. Su época de esplendor cubrió con intensidad los nueve meses iniciales y se extendió por casi un año más, hasta el 10 de mayo de 1974, fecha en que asumió el mando del celdario el mayor Arquímedes Maciel, quien instaló el proyecto de cárcel de los golpistas —proyecto que prevaleció de manera absoluta hasta el fin de la cárcel política— y decretó el primer cierre temporal de la biblioteca⁷. A partir de ese momento, la censura y la posterior quema de libros imperaron hasta alcanzar proporciones inauditas.

Los libros de los filósofos y políticos de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX fueron la base de la pira. Carlos Marx y Federico Engels, Lenin, León Trotski y Rosa Luxemburgo eran candidatos clásicos y cantados a la hoguera, como lo hubieran sido en Berlín en el 39. Pero, para desquicio de los censores, con la modernidad su descendencia se había multiplicado, desparramándose por el mundo, y ya no alcanzaba con quemar europeos. Ahora había que detectar libros chinos, argelinos, vietnamitas, cubanos.

⁶ La jerga carcelaria llamó de ese modo a las bibliotecas existentes en cada piso.

⁷ La biblioteca central fue cerrada por primera vez entre el primero de noviembre de 1974 y el 4 de junio de 1976. En 1979 la Cruz Roja Internacional, único organismo de defensa de los derechos humanos que pudo ingresar al penal de Libertad, la enriqueció con una fuerte donación. El mayor Mario Mouriño y el teniente coronel Fausto González, ambos a cargo del celdario del penal de Libertad, la sometieron a dos clausuras más, del 16 de agosto al 3 de noviembre de 1981 y del 5 de febrero al 12 de mayo de 1983. Esta vez la censura se llevó 1300 libros más y alcanzó incluso a algunos de los libros donados por la Cruz Roja Internacional, a la vez que desaparecieron «las bibliotecas de planchada». Se debe de la precisión en las fechas a *El almanaque* de Jorge Tiscornia (2012), facsímil del diario-calendario que elaboró clandestinamente durante sus trece años de prisión.

Ho Chi Min y Castro, Guevara y Franz Fanon, Mao [...], todos marcharon a la pira. Siguieron la misma suerte las revistas y folletos vinculadas a países del bloque socialista, o los cuentos o novelas que contaran historias de alguna revolución o de algún proceso de independencia (Phillipps-Tréby & Tiscornia, 2003, pp. 144-146).

Se calcula que por esas fechas fueron incinerados entre 4000 y 10 000 libros, según distintas fuentes. Algunos de ellos ya habían sido copiados en escritura pequeñísima en hojillas de papel de fumar y ocultos en los más diversos escondrijos, con vistas a una lectura clandestina cuya consecuencia era la posterior difusión y discusión oral. Las patas tubulares de las cuchetas y los recovecos interiores de los retretes fueron los escondites más frecuentes, algunos de los cuales burlaron durante años la búsqueda incesante que se efectuaba a través de las requisas de celdas. Así, se fue construyendo

una pequeña biblioteca clandestina, una biblioteca de hormigas [...]. Unos pocos libros, con seguro destino de horno, fueron comprimidos al tamaño más pequeño posible [...]. Si uno tiene paciencia puede incluso plegar las pequeñas hojillas, envolverlas con nylon, fundir las puntas del envoltorio hasta que quede hermético, y luego guardar la pastilla resultante en un balde con agua y ropa sucia, en su boca, en un zócalo, en decenas de lugares donde no se podría esconder un libro común (Phillipps-Tréby & Tiscornia, 2003, p. 147).

La tenaz práctica de copia, prolija y paciente, que evoca la anacrónica labor de escribas de antiquísimos reinados o de monjes de conventos medievales, el estudio en la soledad de las celdas, la difusión e intercambio en los recreos y en algunos espacios de trabajo, tenía su antecedente en cárceles anteriores.

PUNTA CARRETAS

Inaugurada en 1915 y ubicada en una zona residencial de Montevideo, la penitenciaría de Punta Carretas se hizo famosa por la fuga de anarquistas en la década de 1930 y por las dos fugas de militantes tupamaros, en setiembre de 1971 y abril de 1972 respectivamente. Su periodo como cárcel política se extendió desde el arribo de los primeros guerrilleros detenidos (1968 o 1969) hasta varios años después de la fundación del penal de Libertad. Sujeta a las ordenanzas y leyes civiles, esta cárcel permitió a los presos políticos una comunicación fluida entre sí y con el exterior, lo que creó condiciones para un uso eficaz de la misma en beneficio de sus intereses, como escuela de cuadros y aún como dirección de operaciones en el exterior.

Esto último es claro en el testimonio que brinda David Cámpora⁸, coautor del libro *Las manos en el fuego* y entonces miembro de la dirección del MLN Tupamarus: «En Punta Carretas estuve solo seis meses, que resultaron novedosos para un primario. Estábamos tupidos de trabajo concreto», me dijo, refiriéndose a su participación durante ese tiempo en el análisis y orientación de numerosos planes y operaciones de la guerrilla. «Nunca tuve tiempo siquiera para pensar en leer o de preocuparme activamente por la colección de libros (no digamos biblioteca). No recuerdo ni quién guardaba los libros, ni quién los ofrecía y repartía», me aseguró. Sin embargo, afirma haber estado «muy entretenido con los cursos de historia, de política, de estrategia y de marxismo». Mención especial en ese «entretenimiento» le mereció la tarea de redacción de «un brevísimo y legítimo curso de marxismo, que pudiera ser comprendido e incorporado por los compañeros presos, entre los que se contaban numerosos “peludos”⁹, muchos de ellos semialfabetos».

Para su realización, Cámpora y otros estudiaron muchos libros a tiempo completo y, después de leer manuales soviéticos y cubanos, decidieron ir a los escritos originales de Marx, Engels, Lenin y Mao, e incluir como novedad la obra de Ernest Mandel. El producto fue un cursillo de 250 páginas para lectura colectiva en las celdas, cuyo uso se extendió algunos años después al exilio, siempre con óptimos resultados. La confección de fichas de análisis de libros técnicos sobre economía, ganadería, industria y trabajo en Uruguay, con miras a la realización de probables planes de gobierno, fue otra de las tareas que Cámpora tuvo a su alcance. En sus recuerdos, Cámpora separa los libros de una biblioteca común —de los que al parecer nada supo y, según sus palabras, ni tiempo tuvo de saberlo— de aquellos que debió leer y estudiar intensamente para elaborar cursos y programas propios de una escuela de cuadros.

No fueron muy distintas las vivencias de militantes de base. En todo caso, las variaciones fueron las propias de una cárcel donde las penas a cumplir eran relativamente cortas y el relevo de presos, permanente. En ese sentido, hubo distintas etapas, pautadas por el ritmo de los sucesos a nivel nacional. Para Miguel Ángel Olivera¹⁰, que estuvo confinado allí hacia 1970,

⁸ David Cámpora (Paysandú, 1934) estuvo en prisión en 1971 y 1972-1980; fue contador público y escritor. Para la realización de este estudio fueron consultados los ex presos políticos Sergio Altosor, Juan Baladán Gadea, David Cámpora, Edda Fabbri, Lía Maciel, Miguel Ángel Olivera, Nelson Santana y Ana Luisa Valdés, cuyos testimonios son citados a lo largo de este artículo.

⁹ Nombre con el que se denomina a los cañeros o trabajadores de la caña de azúcar, sector fundacional del MLN Tupamarus.

¹⁰ Miguel Ángel Olivera (Montevideo, 1943) estuvo en prisión entre mayo y diciembre de 1970 y luego entre 1972 y 1984. Es poeta, fundador del Grupo Vanguardia en la década de 1960. A su

lo central en Punta Carretas era la militancia «viva», «física», concreta, en la cual el libro tenía su lugar claro y obvio pero el «hacer» era lo central [...]. Vivíamos al día con la información y los acontecimientos; los libros contribuían a la formación político-ideológica y, en menor grado al entretenimiento [...]. No había mucho tiempo para «entretenerse»: todo el tiempo estaba ocupado en cursos, discusiones, etc. [...] Había una lista de libros de «lectura obligatoria» que incluía todos los clásicos marxistas y afines de todos los procesos revolucionarios mundiales; los ejemplares estaban al alcance nuestro, bien guardados pero enteros, sin necesidad de *microescribirlos*, solo *microescribíamos* nuestros propios documentos, tesis, propuestas de línea o de planes de acción, discusiones internas o polémicas orgánicas con el afuera [...]. Había hasta paquetes enormes de boletines Xinhua de los chinos¹¹, y de revistas políticas que circulaban de celda en celda, atados con piola y no eran requisados [...]. Circulaban también varias «revistas» internas de un solo ejemplar (Recortes, Capucha Verde, Línea Bestia, etc.) que hacían los compañeros. Se estaba terminando *Actas Tupamaras*¹² y se estaba redactando otro libro, *La Violencia, partera de la Historia*, con una síntesis de las revoluciones sociales del siglo XX. Era para publicar y hacer finanzas legales. Se concretó la grabación de un disco con cuatro canciones artiguistas, se hizo el grabado en papel para la carátula del libro de Sarandy Cabrera, *Poeta pistola en mano* (Montevideo: Tauro, 1970), yo terminé mi libro *Canto sin rejas*, etc.

Lo que cuenta aún hoy de manera entusiasta Olivera parece haber sido la «edad de oro» de Punta Carretas: un despliegue pleno de la escuela de cuadros, con una bibliografía ilimitada y con el libro al servicio de la praxis político-ideológica; una producción de escritos de interpretación y contribución a la formación ideológica y producción paralela de textos literarios y de crónicas guerrilleras (*Actas tupamaras*) con destino a recabar finanzas; y la ausencia absoluta de censura o de cualquier otro tipo de limitaciones. «La escuela de cuadros no es un local, pero cada local debe tender a ser una escuela de cuadros. El penal es un local más grande y con más compañeros; hagamos entonces de esta cárcel una gran escuela de cuadros [...]», recuerda que dijo alguna vez en ese recinto un dirigente histórico del MLN. Sus palabras, que bien pudieron haber sido el punto de partida de esta historia, parecían cumplirse al pie de la letra.

salida de la cárcel, en 1984, fundó el Centro de Integración Cultural (CIC) y editó cinco volúmenes de textos de presos políticos.

¹¹ La Agencia de Noticias *Xinhua* es la agencia oficial informativa del gobierno de la República Popular China. Sus boletines eran difundidos en Uruguay por el grupo de orientación maoísta MIR, luego autodenominado Partido Comunista Revolucionario (PCR).

¹² Se refiere a la revista publicada por el Movimiento de Liberación Nacional (1982).

A pesar de la masiva fuga de 111 tupamaros en setiembre de 1971, dos meses después, cuando llegó a Punta Carretas Juan Baladán Gadea¹³, la situación aún permanecía inalterada: «Había toda clase de ensayos de economía, política, sociología y algunos de filosofía. De historia nacional estaban los mejores libros que circulaban en Uruguay en aquel tiempo», recuerda Baladán. Además de los infaltables clásicos marxistas, entre los libros más leídos figuraba *Las venas abiertas de América latina*, de Eduardo Galeano. Según Baladán, «la mayoría de los compañeros eran jóvenes que habían abandonado los estudios para dedicarse a la lucha clandestina, por este motivo la dirección interna propuso un plan de educación y fue así que se formaron grupos de estudio. Uno de estos grupos produjo un trabajo muy bueno en el cual se resumía la historia del Uruguay desde la colonia hasta el nacimiento del MLN. Circuló por bastante tiempo y llegó a leerse en Chile en 1973».

El penal de Punta Carretas, desde décadas atrás, poseía una extensa biblioteca. Sin embargo, por razones de seguridad, los presos políticos no tenían acceso a ella. Hubo pues, según Baladán, que formar una «biblioteca» alternativa, más bien una colección de obras literarias que incluyó en su mayor parte novelas —casi todas de autores latinoamericanos, actualizada al ritmo del *boom* literario de esos años— y que en poesía reunió a Pablo Neruda, Antonio Machado, Rafael Alberti, Miguel Hernández, Liber Falco y otros. Además, incluía creaciones de los propios presos: un cuaderno de poemas de Miguel Ángel Olivera y otro de Sergio Altesor, por ejemplo.

El 14 de abril de 1972, los enfrentamientos armados dejaron un saldo de doce muertos entre guerrilleros y miembros de un escuadrón parapolicial —el autodenominado Escuadrón de la Muerte o Comando Caza Tupamaros—. Fue el comienzo de la derrota para la guerrilla y también el comienzo del fin de las óptimas condiciones carcelarias que hemos detallado. Siguiendo el relato de Baladán,

El 15 o 16 de abril, no recuerdo bien, más o menos a las siete de la mañana, el Ejército ocupó el penal y realizó una gran requisa. Se llevaron la mayor parte de los libros de contenido político, de filosofía y sociología. Y lo que fue peor, se llevaron la mayor parte de los manuscritos. Se salvaron los documentos del MLN, copiados en micro escritura, y curiosamente un ejemplar de *El capital* de Marx que yo tenía en mi celda. Se salvó porque le había cosido los dos tomos en uno y le cambié las tapas, le hice nuevas cambiándole el título: Carlos Márquez – EL CAPITOLIO – Novela romántica – Editorial Sudamericana. En la carátula interna debajo del título lucía una foto de una muchacha en bikini.

¹³ Juan Baladán Gadea (Treinta y Tres, 1942) estuvo en prisión entre 1971 y 1985. Es músico, cantante y poeta. Vive exiliado en Brescia, Italia, desde 1985.

A partir de ese momento, lo normal fue la creación y cuidado de una biblioteca oculta que permitió continuar, a duras penas, la labor de la escuela de cuadros. El ingenio se aguzó al máximo y la experiencia de la clandestinidad aseguró, aunque de manera precaria, la permanencia de esa universidad de la retaguardia donde los libros cumplían un papel tan decisivo:

De los documentos del MLN se hicieron tres copias de cada uno, siempre en micro escritura, y de cada uno fue «enterrada» una copia en las paredes de las celdas. Más adelante se decidió fragmentar cada documento en varias «pastillas» para que se pudieran tragar más fácilmente en el caso de una requisa sorpresiva. En abril de 1974 el Ejército ocupó de nuevo el Penal y realizó una requisa pesadísima, [...] la revisión fue minuciosa y humillante, en las celdas rompieron prácticamente todo y hasta cortaron las cuerdas a las pocas guitarras que teníamos buscando documentos; pero no cayó nada de importancia.

«El sistema había funcionado», concluye Baladán, convencido de haber sido partícipe de una mínima victoria entre tantas adversidades al salvar unos pocos libros útiles de una impiadosa destrucción.

Coinciden con las de Baladán las opiniones de Nelson Santana¹⁴ y Sergio Altesor¹⁵, que pasaron por Punta Carretas en el mismo periodo. Mientras Santana recuerda haber leído libros de estrategias militares como Von Clausewitz o Georgios Grivas, Altesor me afirmó que, hacia 1972,

la biblioteca ya era, como institución u organización, algo semi clandestino. La lista y la circulación de libros estaba a cargo de fajineros¹⁶ de confianza y la o las celdas en donde se encontraban los libros era algo compartimentado. Muchos de los libros más perseguidos o comprometedores habían sido transcritos a hojillas de fumar. Ese trabajo continuó siempre haciéndose y había varios «escribas» que siempre estaban copiando libros con aquellas lapiceras de arquitecto marca Rotring, las de trazo más delgado, por supuesto. Con esos libros se seguían los mismos criterios que para los documentos. Si los libros eran largos no circulaban enteros, sino en partes que se denominaban con un número que venía después del título. Estos libros en hojillas de fumar se

¹⁴ Nelson Santana (Bella Unión, 1941) estuvo en prisión en 1964 y entre 1972 y 1979. Fue dirigente fundador de la Unión de Trabajadores del Azúcar de Artigas (UTAA).

¹⁵ Sergio Altesor (Montevideo, 1951) estuvo en prisión entre 1971 y 1976. Es poeta, narrador, artista plástico.

¹⁶ Encargados de la actividad de mantenimiento (fajina) y, por extensión, de la atención de las necesidades de los presos de un sector de la cárcel. Funcionaban como intermediarios entre los presos y la guardia y, por esa razón, se procuraba que fueran designados por los propios presos, por lo que se trataba, en ese caso, de gente de confianza. En el Penal de Punta Carretas, en el último periodo, fueron fajineros Ángel Yoldi y Juan Espinosa.

entregaban dentro de un «estuche» (la palabra está inspirada en las memorias de Papillon), es decir en un receptáculo apto para ser introducido en el recto.

La mención del entonces *best-seller Papillon*, de Henri Charrière, no es casual. La historia del célebre prisionero condenado a trabajos forzados a perpetuidad en la Guayana Francesa, que protagonizara varias fugas de la Isla del Diablo, gozaba en esos años de enorme popularidad a nivel mundial, al punto de ser llevada al cine por Franklin J. Schaffner en 1973, con las actuaciones estelares de Steve McQueen y Dustin Hoffman. Fue también el primer libro en prohibirse en el penal de Libertad. Sin embargo, aclara Baladán, «los “estuches tipo Papillon” fueron abandonados casi enseguida porque provocaban mucho rechazo en los compañeros y se volvió a la pastilla “clásica”», refiriéndose con lo último a las pequeñas hojas «microescritas» que, envueltas en nylon, era posible llevar al interior de la boca y tragar en caso de emergencia.

Era evidente que las condiciones carcelarias habían cambiado en grado sumo, pero lo que se vivía por esas fechas era solo un anticipo de lo que iba a suceder en los años próximos. Los criterios de seguridad con respecto a la circulación y lectura de libros, la habilidad artesanal para camuflar a muchos de ellos, la restricción en los horarios y la precariedad de recursos para conservar una bibliografía mínima pronto se convertirían en desempeños básicos de una experiencia que hallará su mayor expresión en el penal de Libertad.

PUNTA DE RIELES

Una experiencia similar sucedió con las mujeres pertenecientes a las diversas organizaciones revolucionarias. Vulnerada la antigua cárcel de mujeres por la fuga masiva del 30 de julio de 1971, las Fuerzas Armadas también debieron crear un recinto de máxima seguridad para alojar centenares de mujeres hasta el fin de la dictadura. El elegido para el caso resultó ser el edificio de la cárcel de Punta de Rieles, un antiguo convento jesuita situado en las afueras de Montevideo utilizado para encarcelar varones desde 1968. Desde allí, Sergio Altesor logró enviar al exterior su primer poemario: *Río testigo* (1973), publicado poco después. El destino final, como reclusorio de mujeres, se produciría a comienzos de 1973, cuando surgió el Establecimiento Militar de Reclusión N° 2 (EMR 2)¹⁷. «De enero del 73 a junio es una etapa que podríamos llamar *light*. Si bien estábamos incomunicadas entre los sectores esto no era absoluto ya que teníamos una quinta y un taller donde nos encontrábamos presas de diferentes sectores [...]. Libros teníamos de todos los colores y también algunos clandestinos escritos en hojillas de fumar que habían

¹⁷ Existió también la Cárcel de Mujeres de Paso de los Toros en Tacuarembó.

dejado los compañeros de regalo cuando los trasladaron para Libertad», recuerda Lía Maciel¹⁸. Sus palabras trazan un puente entre el periodo masculino y el femenino de la cárcel política de Punta de Rieles.

En esta cárcel, «había una biblioteca en donde estaban centralizados los libros. Tenías que hacer el pedido semanal. Había un catálogo y pedíamos libros y revistas. La colección envejeció porque no entró un libro en años», señala una voz anónima (Fúster & Langelán, 2010, p. 132). A esta se le suman los recuerdos de Ana Luisa Valdés¹⁹:

Las bibliotecarias de Punta Rieles éramos Catalina García, que ya murió, y yo. Nos dieron esa tarea porque leíamos todo el tiempo y pedíamos libros a los otros sectores (estábamos incomunicadas las unas de las otras). Te hablo del tiempo desde enero del 1973 cuando llegamos al penal hasta el golpe de junio en donde el comandante Orozco, jefe del penal, decidió que teníamos demasiados libros y que muchos eran incorrectos. Llegamos a tener más de mil libros, la mayoría mandados por nuestras familias. Había de todo, desde el *Poema Pedagógico* de Makarenko hasta *Garabombo el Invisible* de Manuel Scorza. Además de Proust [...]. Mi primo, que es Pablo Galimberti, el obispo de Salto, me hizo llegar de contrabando un libro escrito por Viktor Frankl desde su experiencia de un campo de concentración alemán, *Un hombre en busca de sentido*. Entre los sectores se iba rotando la prioridad para acceder a los libros. Lo que recuerdo es que todo el mundo se enloquecía por leer a Pichon-Rivière, y se ve que esa lectura marcó porque muchas compañeras después hicieron la carrera de Psicología. La de Pichon-Rivière era una visión de la Psicología Social orientada más hacia la izquierda (Fúster & Langelán, 2010, p. 132).

El «periodo de esplendor» fue muy breve en Punta de Rieles. La llegada del comandante Orozco, y sobre todo del comandante Barrabino, consolidaron el proyecto de cárcel de la dictadura y fueron el equivalente a la llegada de Arquímedes Maciel al penal de Libertad. Hasta ese momento,

libros y revistas que llegaban al penal pasaban, por supuesto, por la censura, por ejemplo, el *Quijote* no entraba porque «le gustaba guerrear mucho», textuales palabras. Pero cuando había algún periodo de «apriete», cuando había algún hecho en el interior y ellos reprimían de forma masiva, lo primero que te retiraban eran los libros. Reducían la entrada de paquetes de comida y también te privaban de la otra comida que era la lectura. Así reducían todo contacto exterior (Fúster & Langelán, 2010, p. 134).

¹⁸ Lía Maciel (Montevideo, 1951) estuvo en prisión en 1971 y entre 1972 y 1985. Es psicóloga.

¹⁹ Ana Luisa Valdés (Montevideo, 1953) estuvo en prisión entre 1972 y 1976. Es narradora, poeta, periodista y traductora.

A partir del golpe de estado, todo se agravó. «En junio, después del golpe, nos hicieron recoger todos los libros y algunos los devolvieron a los familiares y otros los quemaron», sigue contando Ana Luisa Valdés:

Mi peor recuerdo de la cárcel de Punta de Rieles es ir celda por celda recogiendo los libros, haciendo paquetes de papel de diario y transportarlos al cuarto afuera del perímetro de la cárcel donde estaba la caldera de la calefacción. En esa hoguera se quemaron miles de libros que la dirección del penal consideró peligrosos. Allí se fueron todos los tomos de *En busca del tiempo perdido* que el poeta Roberto Mascaró me había mandado solidariamente, los primeros libros de Manuel Scorza que Yessie Macchi había recibido de sus padres, las poesías que Marisa Montana nos leía por las noches (Alzugarat, 2007, pp. 28-29).

Otra prisionera, Edda Fabbri²⁰, cree haber visto y escuchado cómo los libros eran arrojados a patadas de un piso a otro:

Lo de la quema lo recordamos bien, porque vimos cómo los tiraban por la escalera para abajo. La biblioteca era una piecita chica, en el piso de arriba, entre dos sectores, que después se convirtió en calabozo [...]. Bueno, de esa piecita de arriba fue que los sacaron a patadas, a nuestros libros del principio, los que nos habían llevado los familiares, y los vimos y los escuchamos caer por la escalera. Algunas compañeras recuerdan haber visto el humo, después, a lo lejos.

Complementa Lía Maciel: «Esta quema estuvo vinculada a las nuevas autoridades que intervienen el penal y llevan adelante cambios en las políticas internas transformando la cárcel en una máquina de hostigamiento y represión hasta poco antes del fin». La destrucción de libros en Punta de Rieles fue casi total. Así lo recuerda Fabbri:

Quedaron algunos libros nuestros, náufragos, y con ellos nos revolvíamos. Yo recuerdo una antología de Quevedo, de aquellas grises, de Austral, creo [...] de aquellas con un forro con pintitas, pero ya no tenía el forro. También sobrevivieron dos tomos de la antología de Bordoli, le faltaban páginas, pero algo se leía²¹. Y también había algunos de la colección de Premios Nobel, de Aguilar. Cada tomo traía como tres autores y recuerdo que ahí leímos algo de Steinbeck, de Eliot, y no sé qué más. Pasamos mucho tiempo leyendo esos pocos libros que quedaron.

²⁰ Edda Fabbri (Montevideo, 1949) estuvo en prisión entre 1972 y 1985. Es narradora y correctora literaria.

²¹ Se refiere a la *Antología de la poesía uruguaya contemporánea* (1966), de Domingo Luis Bordoli.

LA BIBLIOTECA DEL ENEMIGO

En los meses siguientes al 27 de junio de 1973, comenzó en Uruguay un proceso de censura a toda manifestación cultural que se considerara atentatoria contra el régimen cívico-militar recién instalado. Característica central de esa censura fue la ausencia de criterios únicos que la direccionaran. Carina Blixen ha considerado que precisamente «la indeterminación de los límites de la censura fue un muy eficaz instrumento de dominio [...]. El no saber exactamente qué se puede decir pero saber que hay cosas que no se pueden decir hizo que el miedo se impusiera en la conducta de cada uno» (Blixen, 2006, p. 12). Muchas bibliotecas privadas fueron requisadas. En los allanamientos a librerías y casas particulares, cualquier libro podía ser censurado y robado en nombre de la Justicia. En mi caso particular nunca pude entender por qué, al ser detenido hurtaron de mi entonces humilde estantería, entre otros, *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio Mansilla, y *Woyzeck*, de Georg Büchner.

Ese aparente reino del absurdo, esa grotesca instalación del caos, lejos de la creencia generalizada, perseguía un objetivo que iba más allá de la mera destrucción. Mientras por un lado se procuraba el vaciamiento de un modelo cultural, por el otro, la dictadura sentaba las bases de una historia oficial e intentaba construir su propio lenguaje y su esbozo de contracultura. La destrucción de un modelo cultural siempre supone la emergencia de otro. En este contexto, lo frívolo o lo trivial se impuso, lo obvio también. Desde la prensa escrita se enseñó que no se debía decir «entró para adentro» ni «voló por el aire». La exacerbación del nacionalismo estableció que «importa el habla correcta de un país como uno de los mayores atributos de su cultura, vale como un patrimonio esencial de la nacionalidad», y con esa excusa se lanzó una campaña xenófoba contra el idioma portugués que rebasaba la frontera territorial (Barrios & Pugliese, 2003).

Las cárceles de presos políticos se volvieron laboratorios donde estas líneas de acción se profundizaron hasta hallar su más amplia expresión. Como he señalado más arriba, las hogueras de libros estuvieron a la orden del día. El caso extremo sucedió en la cárcel de mujeres de Punta de Rieles, donde compitiendo con los pocos «libros náufragos» de los que hablaba Edda Fabbri, apareció la oferta de la «biblioteca del enemigo», de la otra biblioteca, la que respondía a los intereses de la dictadura, en un burdo intento de biblioterapia²². La destrucción permitía el

²² En el siglo XIX, en los Estados Unidos, los capellanes cuáqueros de las prisiones de Nueva York y Filadelfia fueron los primeros en impulsar la idea de utilizar el libro como instrumento de cambio de conductas tendiente a la reinserción social del penado. Tal concepto encontró el apoyo de corrientes filosóficas que consideran la lectura como derecho inherente a todo ser humano. Obtuvieron como conquista inicial que la Biblia fuera considerada «el único libro de libre acceso

acceso a lo que en otro momento se hubiera considerado deleznable, carente de todo valor. La historia oficial y una selecta serie de documentos que la sustentaban o la reafirmaban intentaron cumplir el papel que en muchas cárceles del mundo desempeñó la Biblia, por lo menos desde el siglo XIX: la rehabilitación del delincuente, su retorno al «rebaño social». La biblioteca pasaba a ser impuesta «desde arriba» y formaba parte de un plan de lectura propiciado por la dictadura.

El penal de Punta de Rieles reunía las mejores condiciones para que ello fuera posible. El número de presas era muy inferior a los hombres, unas seiscientas a lo largo de trece años. Los principales dirigentes de la guerrilla y de otros grupos políticos considerados ilegales eran hombres. Por lo tanto, Punta de Rieles era una cárcel menos visible que el Penal de Libertad para la presión propagandística mundial y de menor interés para los centros internacionales de Derechos Humanos. Se suma a ello la discriminación ejercida por los militares y civiles al servicio de la dictadura, convencidos del papel de obligatoria sumisión de la mujer y de que sus esfuerzos debían restringirse solo al cuidado del hogar y de los hijos. «Para los militares, las mujeres presas fueron doblemente transgresoras: por estar en contra del orden político impuesto y por no ocupar el rol de género por ellos sustentado» (Fúster & Langelán, 2010, p. 136).

Por estas razones, la cárcel de Punta de Rieles constituyó un centro de represión colectiva más eficaz que el Penal de Libertad. Allí la biblioteca pudo ser enteramente destruida y, en su lugar, el enemigo pudo «ofertar» la suya. «Como nos gustaba leer, sacarnos los libros iba a ser una represión sentida fuertemente, y lo hicieron durante seis meses seguidos. Al cabo de ese tiempo aparecieron en el EMR 2 libros fascistas de donde a veces podíamos sacar elementos políticos» (Fúster & Langelán, 2010, p. 136).

«A partir de junio de 1973 empezamos a tener libros recomendados por el penal, panfletos anticomunistas y pronazis», recuerda Ana Luisa Valdés. En efecto, después de la hoguera de los libros de las presas:

Mandaron una lista nueva, con los «recomendados» —nos cuenta Fabbri—. Venían agrupados así, con un título rimbombante pero que quería decir eso. Eran horribles. Pedimos algunos para ver qué tal. Había uno, muy gordo, que se llamaba *Psicopolítica*²³. No me preguntes de qué se trataba, era «infumable». Recuerdo que muchos de los libros hablaban de la «sinarquía internacional».

al recluso a fin de reformar y de guiar su sentido moral». Se reconoce a los norteamericanos Daniel Suvak y Austin McCormick como los más modernos defensores de la biblioterapia en las cárceles (Martínez Pereda, 1990).

²³ Posiblemente se trate de *Ps-P: psicopolítica: verdadera dimensión de la guerra subversiva*, de Buenaventura Caviglia Cámpora (Montevideo: Ediciones Azules, 1974).

Por lo que entendimos, eso era una especie de complot mundial en el que participaban comunistas, anarquistas, ateos, liberales, negros, independentistas, etc., todos contra ellos. Hacían también una defensa de la sociedad feudal, sí, decían que en esa época el siervo vivía bien porque tenía la protección del señor. Con la revolución francesa se «pudrió todo», según ellos.

La «biblioterapia» reformadora incorporó no solo folletos y revistas de contenido antimarxista, antisemita y antiliberal, sino también la revista *El soldado* —de circulación interna en las Fuerzas Armadas—, apologías de los regímenes de Hitler y Mussolini y de estructuras corporativas de la economía, libros de doctrinas conservadoras de la Iglesia católica como los de San Agustín, etc. Según Sonia Mosquera (2006) se trató de un centenar de publicaciones (pp. 11-22).

De inmediato, se activó la resistencia como una forma única de sobrevivencia: «Es muy interesante prestar atención a la conducta humana, cómo uno afina la percepción para buscar en esos cuadernos, esa revista que se llamaba *El Soldado*, donde ponían toda su información. Uno iba sacando y se le agudizan los sentidos», comenta una voz anónima. «No nos quebraron por eso [...]. El preso político tiene una capacidad infinita de recuperación porque sabe lo que quiere», comenta otra (Fúster & Langelán, 2010, pp. 133 y 136).

Esa «biblioteca del enemigo» —que en Punta de Rieles solo pudo imponerse por la ausencia de casi toda otra lectura— apenas tuvo cabida en el Penal de Libertad, donde, hacia fines de la década de 1970, folletería propagandística de la Dirección Nacional de Relaciones Públicas —organismo creado por la dictadura uruguaya como servicio de propaganda— y algunos libros oficiales de la dictadura como *La subversión: las Fuerzas Armadas al pueblo oriental* y *Testimonio de una nación agredida* pasaron a formar parte del acervo bibliotecario.

Solo el ingreso del Comité Internacional de la Cruz Roja permitió contrarrestar, en Punta de Rieles, el cuasimonopolio de la «biblioteca del enemigo»: «Después del 80, en que entró la Cruz Roja Internacional, nos llegaron muchos libros que mandaron ellos. Eran libros actuales. En mi sector, al menos, el *bestseller* era *Yo el supremo*, pero había que esperar mucho tiempo para que te tocara el turno y poder leerlo», agrega Fabbri. Como ella señala, recién en 1981 ingresaron unos dos mil libros que dieron fin a esa etapa.

PENAL DE LIBERTAD

La biblioteca de la «escuela de cuadros» en el penal de Libertad, tras el periodo de censura iniciado en 1974 con el cierre de la biblioteca central, se vio reducida a microcopias clandestinas, trabajosa e ingeniosamente ocultas, a las que solo podían acceder unos pocos. El hallazgo por parte de los militares de algunas de

esas miniaturas significaba, para quienes las poseían, hasta treinta días de calabozo a rigor, en total aislamiento, sin visitas de familiares.

Esa «biblioteca de hormigas» alimentó los debates ideológicos que afloraban en el interior de la cárcel en todo sitio donde al menos dos presos pudieran comunicarse, alineó conocimientos, y forjó planes, proyectos y sueños utópicos que se extendieron a todos los planos de la vida. Temas recurrentes como la revisión del pasado, el porqué de la derrota y los engorrosos intentos de interpretación del panorama mundial y nacional necesitaron, en la medida de lo posible, del apoyo que brindaba esa «biblioteca». Una solución extrema de salvaguardia de esos materiales bibliográficos fue la memorización de textos, mecanismo que permitió la difusión sin riesgos. La posibilidad de deformación u omisión fragmentaria de la escritura original quedaba anulada al ser el mismo texto memorizado por dos o más personas. Aunque requirió un mayor esfuerzo, a la postre fue esta la forma más segura de conservar y colectivizar textos tan perseguidos. Quien escribe este trabajo llegó a recitar, palabra por palabra, el famoso prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, de Carlos Marx, fragmentos del *¿Qué hacer?*, del *Discurso a los pueblos de Oriente* y otros textos de Lenin, la primera conferencia de la OLAS²⁴ y documentos de movimientos guerrilleros, entre otros.

La posdata de esta historia fue intentar una escuela de cuadros que subsistiera sin necesidad de libros. Para los presos del Partido Comunista, que llegaron al penal de Libertad a partir de 1975 y ocuparon por entero el tercer piso y parcialmente otros sectores, fue la experiencia militante la que terminó por suplir los libros. «Allí había hombres probados en cientos de batallas, con trayectorias políticas y personales que resumían buena parte de la historia del movimiento obrero y de la izquierda uruguayo». Bastaba escucharlos, hablar con ellos. «Cárcel de presos comunes, escuela de crimen; cárceles de presos políticos, escuela de formación», fue la consigna (Martínez, 2013, pp. 143-144).

Mientras tanto, la biblioteca central, con sus miles de volúmenes a disposición de todos los presos, se constituyó en la principal fuente de lectura. Estuvo presente desde el primer momento en la historia del penal y la biblioteca alternativa se transformó, poco a poco, en la posibilidad más segura de una práctica de lectura de valor imprescindible. La fuerza de los hechos la convirtió en abastecedora casi absoluta de fugas a tiempos y espacios imposibles, de silenciosa exploración de universos, de reencuentros y catarsis, de refugio frente a un entorno hostil. En un principio debieron ser muchos los presos que razonaron que si no se podía leer a Mariátegui se podía leer a Arguedas y que si Lenin estaba fuera del alcance, sí se podía

²⁴ Organización Latinoamericana de Solidaridad, creada en agosto de 1967 en La Habana con el objetivo de coordinar movimientos guerrilleros y antiimperialistas a nivel continental.

leer a Gorki, Tolstoi o Chéjov. Pronto, por ese camino, se abrió paso toda la literatura universal. Lo didáctico fue despejando el camino para que lo estético comenzara a ser recibido. La realidad social traía aparejados personajes con los cuales el lector podía sentirse identificado y los hechos narrados cuestionaban o reafirmaban la interioridad, las vivencias y el pasado personal. Ya no fue solo la búsqueda de una sustitución o de un paliativo; fue el descubrimiento de una compleja y rica vastedad de lecturas que muchos ignoraban, de la que no eran plenamente conscientes o que iba mucho más allá de lo que imaginaban. El aislamiento, la casi ausencia de otros medios de comunicación, el ocio y el tiempo sin límites, las mismas condicionantes con que contó Alonso Quijano en los primeros tiempos de la imprenta, contribuyeron a plasmar una actividad cada vez más aceptada. La lectura comenzó a llenar los días, abrió horizontes, forjó sueños. Fue un lento aprendizaje, con muchas etapas intermedias, que al fin terminó sumando lectores compulsivos, capaces de devorar cuanta lectura tuvieran a su alcance. En las celdas, donde los presos debían permanecer veintitrés horas al día, la lectura se convirtió en la principal actividad junto con la elaboración de artesanías o manualidades.

En la mayoría de los casos, el libro fue conceptualizado como un instrumento de formación y de desarrollo intelectual. No todos los textos podían prestarse a ello, por supuesto, y la diferencia entre los géneros también importaba —y mucho—. Pero de acuerdo con esa concepción, se participaba de tres paradigmas didácticos de lectura compatibles con cualquier cárcel política. En primer lugar, la lectura en pos de la construcción de una ética personal, en pos de una formación en valores humanistas imprescindibles para la lucha política. En lo subjetivo, esto implicaba textos que alumbraran la experiencia vivida o proporcionaran un mayor conocimiento de sí mismo. En segundo lugar, la lectura en pos de información y de elementos reflexivos en función de una optimización futura en la labor política y social. En ese sentido, como decía Antonio Gramsci, considerado el mayor lector carcelario de todos los tiempos, «cada libro puede ser útil de leer, un preso político debe estrujar sangre hasta de una piedra»²⁵. Y, en tercer lugar, la lectura que indaga la identidad nacional, el carácter y la idiosincrasia de un pueblo, su evolución, los determinismos y las necesidades que surgen del conocimiento y la revisión de la historia nacional. En el penal de Libertad cumplían ese papel Carlos Machado, Pivel Devoto, Carlos Real de Azúa, Jesualdo Sosa y otros.

²⁵ Antonio Gramsci (1891-1937) fue un escritor y político antifascista. En tiempos de Mussolini, pasó once años encerrado en reclusión solitaria hasta su muerte. Elaboró una enorme obra teórica —de ensayos eruditos sobre la historia cultural de Italia— contando apenas con los libros que le enviaba su familia o los que le proveía la biblioteca de la cárcel.

Estos paradigmas de lectura conservaban todavía un estrecho vínculo con la biblioteca de una escuela de cuadros y, como resulta lógico de acuerdo con el plan de aniquilamiento individual planteado por los militares, fueron los más afectados por la censura. Tales presupuestos obedecían a planteamientos que no dejaban de tener sus puntos en común con los principios del realismo decimonónico, del naturalismo o verismo, y, por supuesto, con el realismo social como escuela de arte directamente vinculada a transformaciones y procesos sociales. Hubo, no obstante, otro paradigma, menos castigado y probablemente pasión de pocos. Es el que tiene que ver con la función poética del lenguaje, con la atención a la lectura como placer del espíritu, como goce estético, como pura fabulación o como medio propicio al análisis o al desmontaje de sus mecanismos de creación. Aunque implicaba un nivel de lectura no ajeno a los anteriores, no a todos los presos les importó disfrutarlo. Así, la primacía de lo didáctico sobre lo estético no puede ser negada y existió un gran número de condicionantes y de necesidades para que ello fuera así.

El «Catálogo de la biblioteca central del penal de Libertad»²⁶, una elaboración artesanal que permitió establecer un orden lógico a miles de libros, revela una variedad temática que reúne una amplia gama del conocimiento, desde la literatura al ajedrez, desde el arte a la divulgación científica, la administración de empresas o la historia de las religiones. Solo quedan fuera de sus páginas las «disciplinas prohibidas» según el reglamento de la cárcel, las «modernas ciencias ocultas», las víctimas de una censura tan torpe como devastadora: la ciencia política, la filosofía y el psicoanálisis, la psicología y la psiquiatría, la sociología, la historia de los siglos XIX y XX, la mecánica, la electrónica, la física, la química, la economía, la enseñanza de idiomas y parcialmente la antropología.

La literatura universal ocupa las primeras 96 páginas del catálogo, con casi cinco mil títulos, casi un 60% del total. Recorrer ese listado nos recuerda que la biblioteca del penal de Libertad fue, en todos los casos, el producto del esfuerzo de familiares, además del destino final, por una rara ironía, de más de una biblioteca privada. La censura, que comenzó primero en la calle, en las librerías y editoriales, y en los allanamientos de domicilios particulares, hizo pensar a algunos profesionales o artistas, poseedores de valiosas bibliotecas, que las mismas iban a estar mejor en la cárcel de presos políticos, donde la prohibición de textos se inició, como hemos visto, recién transcurrido un año del golpe de estado. Hubo pues, ciudadanos que «enviaron a la cárcel» su propia biblioteca, para que nadie pudiera llevarse sus libros

²⁶ La versión facsimilar del *Catálogo de la biblioteca central del penal de Libertad* fue editada en 2013 por la Biblioteca Nacional del Uruguay bajo el título de *El libro de los libros*.

sin su consentimiento o, en última instancia, para evitarse la tarea tan ingrata de descuartizarlos, quemarlos o, en el mejor de los casos, enterrarlos. Tamaña donación contaba con la intención generosa de que los libros contribuyeran al placer y conocimiento de muchos, sobre todo si se trataba de familiares o seres queridos. Por esta razón, la lectura del catálogo puede asimilar la biblioteca del penal de Libertad, en lo que tiene que ver con la literatura, a bibliotecas con base en la cultura francesa, abundantes en Uruguay hasta la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, es de destacar que una fuerte apertura a la literatura de habla inglesa y al *boom* latinoamericano, «bocado» de preferencia en aquellos años de cárcel, actualizaron la lectura de modo más satisfactorio.



Ilustración 1. Portada del Catálogo de la Biblioteca Central del Penal de Libertad.
Fuente: Museo de la Memoria, Montevideo, Uruguay.

Más allá de la literatura, la preparación de exámenes en el contexto de cursos de la enseñanza oficial, autorizados en los primeros años, justifica la existencia de bibliografías muy completas, como fue el caso de la medicina²⁷. Otros ámbitos muy frecuentados eran la historia de arte, las pinacotecas, la arquitectura, el cine, la música, los libros de viajes y las matemáticas. La historia, lamentablemente, nunca dejó de ser una cenicienta que apenas se asomaba a la Revolución francesa o que, a nivel nacional, se detenía en los albores del siglo pasado.

Según muchos testimonios, en los primeros tiempos lo más atrayente para quienes no eran lectores habituales, era la necesidad del entretenimiento, del pasatiempo útil en una cárcel donde el tiempo parecía transcurrir muy lentamente o no pasar nunca. Esa necesidad, sumada al «fantasma» del cierre de la biblioteca o de la desaparición o censura de libros, explica la demanda de volúmenes de gran extensión como *Los miserables*, de Víctor Hugo, *La montaña mágica* o *Los Buddenbrooks*, de Thomas Mann, *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, de Laurence Sterne, o *Guerra y paz*, de León Tolstoi. Cada uno de esos textos aseguraba una semana o más de lectura. Así fue que muchos llegaron hasta la Biblia o el *Quijote* y, en algunos casos extremos, hasta el *Ulises* de James Joyce. Otra atracción surgió del acto de preguntarse sobre las propias circunstancias. Algunos textos como *La casa de los muertos*, de Fedor Dostoievski, *El pabellón número seis*, de Anton Chejov, o *Desnudo entre lobos*, de Bruno Apitz, fungieron como espejos de la propia cárcel, permitieron una reflexión profunda sobre el entorno inmediato y alumbraron variados matices de la realidad con la que se convivía.

Situadas a medio camino entre la bibliografía correspondiente a una escuela de cuadros ampliada a la esfera de la cultura y una lectura amena y de profusa información, hubo tres obras que permitieron ordenar una gran masa de conocimientos a la vez que orientar hacia futuras búsquedas: la *Historia social de la literatura y el arte*, de Arnold Hauser —que en el catálogo figuraba solo como «Historia», sin el comprometedor adjetivo «social», y de la cual nunca hubo acceso al tomo III, que refiere a tiempos más recientes—; la *Historia del cine mundial*, de Georges Sadoul, y la *Historia social de la ciencia*, de John Bernal, algunas veces censurada y otras veces reingresada²⁸.

²⁷ «El conjunto de libros que en el catálogo aparecen en el apartado 3.4.2. abarca prácticamente todos los aspectos de la medicina humana. Un estudiante de medicina tenía allí actualizado todo lo necesario e incluso más, para alcanzar el título profesional» (Díaz Berenguer, 2013, p. 38).

²⁸ Un comunicado interno del 6 de mayo de 1982 ordenaba al «personal recluso que deberá hacer llegar a los sargentos de piso los folletos compendiados de los boletines informativos que tengan en su poder y el libro *Historia social de la ciencia*, de Bernal» (Phillipps-Trèby & Tiscornia, 2003, p. 101).

-44-

A 2263	- VALÉRY, Paul	En la muerte de P. Valéry (Antología)
A 2264	- VARIOS	Los Premios Goncourt de Novela (12 autores)
X 2265	- "	" " " " " " (Parrero, Barbusse, Vailland, Deberly y otros)
A 2266	- VERLAINE, Paul	Poemas Saturnianos
A 2267	- VÉRY, Pierre	El Curandero
A 2268	- VIGNY, Alfred de	Laura
A 2269	- VOLNEY, El Conde	Las ruinas de Palmira
A 2270	- VOLTAIRE	Cándida
X 2271	- ZOLA, Emile	El Pecado del Abate Mouret
X 2272	- "	La debacle
A 2273	- "	Fecondidad
O 2274	- "	Germinal
O 2275	- "	Teresa Raquin
X 2276	- "	Cuentos a Ninon
A 2277	- "	La Taberna
X 2278	- "	Naná
X 2279	- "	Lourdes
X 2280	- "	La fortuna de los Rougon
X 2281	- "	El doctor Pascal
X 2282	- "	Una página de amor
X 2283	- "	La Bestia Humana
X 2284	- "	El ensueño
X 2285	- "	Misericordia Humana
X 2286	- "	Magdalena Ferat
A 2287	- AYMÉ, Marcel	La bella imagen
A 2288	- BALZAC, Honoré	Los nuevos ricos/ Un hombre de negocios / Pierre Grassou (La comedia humana)
A 2289	- BENOIT, Pierre	Novelas. Tomo 2 (ocho novelas)
A 2290	- DE BEAUVOIR, Simone	La plenitud de la vida
A 2291	- DU TERRAIL, Renon	Aventuras de Rocamboles
A 2292	- HUGO, Victor	El hombre que río
O A 2293	- RECLUS, E.	La montaña (ensayo)
A 2294	- REMY, Jacques	Los cobayes del mundo
X 2295	- THEROUX, Paul	Pasajeros en los trenes del mundo
X 2296	- ZOLA, Emile	La reglas (serie de los Rougon-Macquart)
A 2297	- MONTAIGNE, Miguel de	Ensayos T 1 y 2
A 2298	- GOBINEAU, Conde de	El Renacimiento
A 2299	- MARTIN DUGARD, Roger	Los Thibault (1, 2 y 3) 826 pp.
A 2300	- ROLLAND, Romain	Juan Cristóbal en París
A 2301	- "	Franceses del Siglo XVIII
A 2302	- VALLES, Jules	El niño (con estudio de E. Zola y prólogo de J. Semprún)
A 2303	- BALZAC, Honorato	La Comedia Humana (varias novelas) 1642 pp.
2304	- BOURSAUX, Henry	Los ojos acusadores.
2305	- MONTAIGNE	Ensayos selectos. 1969-97 pp.
2306	- SÉBASTIER, Robert	Corchos de alegría.
2307	- NIN, Andrés,	En una respuesta de cristal/ Invierno de artificio.
2308	- OATES, Joyce Carol	Bellefleur.
2309	- FLAUBERT, Jean	Los hitos de España.
2310	- DEBON, Maurice	Los reyes malditos. I. El rey de hierro.
2311	- "	II. Los reinos estragados
2312	- "	III. Los venenos de la guerra.
2313	- "	IV. La ley de los varones
2314	- "	V. La loba de Francia
2315	- "	VI. La flor de lis y el león.
2316	- "	VII. Cuando un rey pierde Francia.

Ilustración 2. Catálogo de la biblioteca central del penal de Libertad correspondiente a literatura francesa (p. 44). Fuente: Museo de la Memoria, Montevideo, Uruguay.

Plantado así el panorama, llegar hasta Balzac o Dickens no fue difícil. Se sabía que eran lecturas recomendadas por el marxismo y de ambos existían muchos títulos. Solo había un paso de Balzac a Maupassant o a Zola antes de ingresar a la literatura francesa del siglo XX. Muy requeridos fueron *La esperanza* o *La condición humana*, de André Malraux, libros que se atrincheraron algún tiempo en las «bibliotecas de planchada». Sin embargo, Victor Hugo y Marcel Proust fueron oficialmente prohibidos sin que jamás se diera una explicación. La censura de estos autores causó a la vez asombro y repudio a los miembros del único organismo internacional de

derechos humanos que ingresó a las cárceles de la dictadura uruguaya, la Cruz Roja Internacional, en su mayoría suizos y algunos franceses.

La aceptación de la literatura norteamericana se explica no solo por sus brillantes autores sino también porque conocer a fondo la realidad social e histórica de la nación considerada como sede del capital financiero y del imperialismo era casi como un deber militante. John Dos Passos, Sinclair Lewis, Harper Lee, Erskine Caldwell, Howard Fast, James Baldwin, Carson McCullers, Jack Kerouac, John Steinbeck, William Faulkner y Ernest Hemingway estuvieron entre los más solicitados. A los venerados autores de «la generación perdida» se les sumaron popes de la novela negra como Raymond Chandler y Dashiell Hammett, con su fuerte impronta social.

Pero el mayor interés se concentraba en la literatura latinoamericana reciente, en los autores del llamado *boom*. Gravitaba en la elección el concepto de «patria grande» y «solidaridad continental», pero también influían novedosos aspectos formales. De pronto, lectores acostumbrados a narraciones lineales, determinadas por un espacio y un tiempo definidos y un afán de verosimilitud, obedientes a las consignas del realismo decimonónico, se internaban en estructuras más complejas, donde la subjetividad, la internalización de la realidad en la conciencia de los personajes y la dislocación de la continuidad temporal eran moneda común. Fue un salto cualitativo que alcanzó a las primeras obras de Mario Vargas Llosa —la tríada de *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y *Conversación en La Catedral* era prácticamente obligatoria—, *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, *Hijo de hombre* y *Yo, el Supremo*, de Augusto Roa Bastos, *El Señor Presidente*, *El Papa verde* y *Los ojos de los enterrados*, de Miguel Ángel Asturias, y la obra completa de Alejo Carpentier, Juan Rulfo, David Viñas, Manuel Scorza y João Guimarães Rosa. No fue ajena a la demanda la literatura indigenista —José María Arguedas, Ciro Alegría y Jorge Icaza—. Son enormes las variantes en la experiencia de los distintos actores, pero la lógica indica que solo después llegó a apreciarse a Jorge Luis Borges o a Julio Cortázar, del mismo modo que en la literatura uruguaya la lectura de Horacio Quiroga, Juan José Morosoli, Enrique Amorim, Mario Arregui o Eliseo Salvador Porta precedió a la de Juan Carlos Onetti y Felisberto Hernández.

Se ha señalado más de una vez el curioso hecho de que un escritor como Hiber Conteris, al llegar como prisionero al penal de Libertad, pudiera hallar en la biblioteca central libros suyos, como *Virginia en flash-back* y *El nadador*, pedirlos y releerlos. La misma ignorancia de los censores explica que subsistieran libros de Haroldo Conti o Rodolfo Walsh, ambos desaparecidos en Argentina. *Trilce*, la obra cumbre de César Vallejo, prohibida en los cursos de literatura del Instituto de Profesores Artigas, se podía leer en la biblioteca del penal de Libertad. Libros que no era posible hallar en esos años en Montevideo, Buenos Aires o Rosario

se hallaban en ella. Grandes ausencias eran, sin embargo, las obras de escritores de izquierdas como Gabriel García Márquez, Jorge Amado, Mario Benedetti y Francisco Espínola.

En todos los casos, leer terminaba por ser mucho más que formarse e informarse; y lo que aparecía en juego, el tema que se imponía, el objeto último de reflexión, era el sentido de la condición humana. La lectura, como ejercicio del pensamiento, no solo iba más allá de las necesidades primarias de los presos políticos, sino que trascendía la cárcel, permitía abordar lo común a todo ser humano. Explorar a través de la lectura otros mundos, similares o aun diferentes, pudo ser el método más útil para ordenar y proporcionar sentido a la realidad. Porque en definitiva se lee para saber cómo vivir, esperando encontrar una respuesta en cada libro que se lee. Se asiste así a ese papel mediador en la relación del hombre con el mundo que le atribuye Ricardo Piglia cuando asegura que la lectura «funciona como un modelo general de construcción del sentido» (Piglia, 2005, p. 103). Por su parte, Carina Blixen afirma que

la inmovilidad y/o el encierro propios del lector, que producen inquietud en la dinámica de la vida, en la cárcel no son perturbadores. Si en la cotidianidad la fuga y la parálisis física de quien lee pueden juzgarse una omisión, en la cárcel esa huida es, en principio, funcional. Sin embargo, hay algo esencialmente transgresor en la lectura carcelaria: el que lee está construyendo su subjetividad, se está transformando. En el rigor disciplinario, en la situación de castigo que anula, el lector encerrado crea un espacio para encontrarse consigo mismo. Tal vez se evada de su entorno, pero puede no evadirse de sí (Blixen, 2010, pp. 46-47).

Evasión y reencuentro terminaban por ser dos caras de la misma moneda, dos mecanismos complementarios, imprescindibles para un equilibrio psicológico capaz de resistir y contrarrestar los planes de destrucción del individuo impartidos por las autoridades del penal y de la dictadura. El mismo sujeto lector que vivía emocionalmente los vaivenes del alma de los personajes a los que tenía acceso descubriría en su interior los conflictos, angustias, sentimientos, frustraciones y satisfacciones que conformaban su vida.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La biblioteca del penal de Libertad no fue un punto de partida en la adopción de la lectura como hábito integrado a la vida de cientos de presos políticos. En realidad, fue lo contrario: un punto de llegada, el corolario de un proceso formativo derivado de las necesidades de la militancia política que tenía como eje la institucionalización

y funcionamiento de una escuela de cuadros en el interior de las cárceles. Punta Carretas, sobre todo, y también el penal de Libertad, en sus primeros momentos, son claros ejemplos de esa intención utilitaria que convertía a la cárcel en una academia o universidad política. La acción del enemigo, concretada en lo fundamental en una censura salvaje, violenta, acultural, capaz en algunos casos de una sustitución de la oferta bibliográfica —los llamados «libros recomendados» en la cárcel de mujeres de Punta de Rieles, a nuestro entender, fue la oferta de la «biblioteca del enemigo»—, echó por tierra, no sin resistencias, aquella aspiración inicial. La búsqueda de los presos procurando ampliar su horizonte de lectura rediseñó la biblioteca del penal de Libertad y logró el acceso a un universo hasta entonces casi ignorado o postergado, que pronto se volvió tan familiar como necesario. El tránsito entre la bibliografía correspondiente a una escuela de cuadros, por un lado, y la enorme masa de lectura que une el documento y la ciencia a la libre fabulación de la literatura, por otro, fue lento y desigual, aunque ambos sistemas de lectura hayan coincidido y se hayan complementado desde el momento inicial. La necesidad de equilibrio mental, de evasión y a la vez de reencuentro con uno mismo, de agudización de la sensibilidad y de afirmación de la personalidad hallaron plena expresión en el caudal de lectura que la biblioteca nunca dejó de ofrecer²⁹.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Carlos (2015). La cárcel y la ciudad letrada: hacia una historia cultural de la prisión en el Perú del siglo veinte. En Daniel Palma (ed.), *Delincuentes, policías y justicias. América Latina, siglos XIX y XX* (pp. 144-192). Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- Alzugarat, Alfredo (2007). *Trincheras de papel. Dictadura y literatura carcelaria en Uruguay*. Montevideo: Trilce.
- Alzugarat, Alfredo (2013). La sangre de las piedras. En Alfredo Alzugarat (comp.), *El libro de los libros. Catálogo de la Biblioteca Central del Penal de Libertad (1973-1985)* (pp. 11-21). Montevideo: Biblioteca Nacional.
- Barrios, Graciela & Leticia Pugliese (2003). Política lingüística y dictadura militar: las campañas de defensa de la lengua. En Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro Rico & Jaime Yaffé, *El presente de la dictadura* (pp. 156-168). Montevideo: Trilce.

²⁹ Por unanimidad, los últimos presos políticos decidieron, en 1985, donar la biblioteca a la central de trabajadores de Uruguay (PIT-CNT) y la ubicaron en el sótano del sindicato de la bebida (FOEB). Después de un fallido intento de instalarla en el Mercado de los Artesanos, fue depositada en la vieja sede de Crysol (Asociación de Ex Presos Políticos del Uruguay). Finalmente, en 2009, fue trasladada al Museo de la Memoria, en Montevideo, donde permanece hasta la actualidad.

- Blixen, Carina (2010). Los manuscritos de *La mansión del tirano*: delirio y poesía. En Fatiha Idmhamd (coord.), *Carlos Liscano. Manuscritos de la cárcel* (pp. 43-58). Montevideo: Ediciones del Caballo Perdido.
- Comisión Nacional de Educación Política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (1974). *Notas sobre la formación de los cuadros*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Miguel Enríquez. www.cedema.org/
- Díaz Berenguer, Álvaro (2013). Cuando el sol es un mito y el libro una realidad. En Alfredo Alzugarat (comp.), *El libro de los libros. Catálogo de la Biblioteca Central del Penal de Libertad (1973-1985)* (pp. 37-40). Montevideo: Biblioteca Nacional.
- Fúster, Yanet & Cecilia Langelán (2010). La información y la lectura para presas políticas durante la dictadura militar en Uruguay. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 33(1), 125-139. <https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/RIB/article/view/6284>
- Gramsci, Antonio (2010). *Cartas desde la cárcel*. Madrid: Veintisiete Letras.
- Martínez, Virginia (2013). *Los rusos de San Javier. Perseguidos por el zar, perseguidos por la dictadura uruguaya. De Vasili Lubkov a Vladimir Roslik*. Montevideo: Banda Oriental.
- Martínez Pereda, Alicia (1990). Bibliotecas en prisiones. Estados Unidos, la polémica del libro en las cárceles. *Delibros*, 27.
- Mencia, Mario (1980). *La prisión fecunda*. La Habana: Política.
- Mosquera, Sonia (2006). Mano a mano: un lenguaje para resistir. *Cuadernos de la historia reciente: 1968 Uruguay 1985*, 1, 11-22.
- Movimiento de Liberación Nacional (1982). *Actas tupamaras*. Madrid: Revolución.
- Piglia, Ricardo (2005). *El último lector*. Barcelona: Anagrama.
- Phillipps-Trèby, Walter & Jorge Tiscornia (2003). *Vivir en Libertad*. Montevideo: Banda Oriental.
- Tiscornia, Jorge (2012). *El almanaque*. Montevideo: De Bolsillo.